

y por encima de todo ello, acudir al Señor y suplicarle tenga a bien tomarme en sus brazos y meterme dentro de su pecho, porque es el único lugar donde podré estar seguro y donde conseguiré lo que el Señor quiere de mí y para lo que me ha llamado. Sed Vos, Dios mío, el sol que me ilumine y caliente y ahuyente las tinieblas y la frialdad de mi alma. Con tu Santo Profeta te digo y suplico con humildad que *me escondas en lo escondido de tu pecho y me defiendas en lo interior de tu morada para que venza a todos mis enemigos y te ofrezca el don de la alabanza y el cántico del agradecimiento. A Ti he venido para ofrecerte todo mi corazón. A Ti te busca sólo el alma mía; no quieras ocultarte de mí; vea yo la luz de tus ojos y sienta el auxilio de tu protección. Espero ver mi alma enriquecida y hermo-seada con tus bondades e iluminada con la luz de tu amor. Sé la fortaleza de mi debilidad y en Ti confío.* Los santos llegaron a ser santos porque se pusieron en Dios y en Dios confiaron.

**287.** La oración me enseña a tener presente siempre y en todo a Dios. La oración honda e íntima es estar sumergido y empapado en Dios; es estar viviendo la misma vida de Dios y amando con su amor y queriendo con su voluntad. El alma en la oración profunda y callada está unida a Dios y en la oración hace Dios la misericordia de transformar el alma. Aquí aprenderé a ver a Dios delante de mí, a verle detrás de mí, a verle a mi derecha y a verle a mi izquierda y, sobre todo esto, a verle dentro de mi alma, en mi entendimiento, en mi voluntad, y

verme siempre como empapado todo en Dios. Aquí aprenderé a ser todo eficazmente de Dios.

Si así me miro en Dios y de este modo acompaño siempre a Dios y me veo acompañado de Dios, me sentiré aislado y alejado de todas las atracciones humanas y de todos los encantos de los sentidos. No querré nada de lo que disipa y enfría y Dios será ya en verdad mi aspiración y mi luz. En Dios habré puesto mi corazón como lo deseo y Dios me le llenará. ¿Y qué hay que pueda compararse al encanto y hermosura de Dios cuando le mira el corazón ya limpio y vacío? Todas mis obras y todos mis pensamientos y aspiraciones serán para Dios. Habré adquirido la perfecta rectitud de intención y todo lo haré para El y según su divino querer.

La rectitud de intención está envuelta en el bálsamo divino y pone suavidad y llena de perfume de cielo el alma.

Con la rectitud de intención tendré rendimiento de espíritu, prontitud de voluntad, abnegada delicadeza y suavidad de caridad.

Con la rectitud de intención las mayores dificultades se me tornarán fáciles, el ánimo vence generoso y alegre todos los obstáculos, emprende confiado todos los heroísmos y hace de la vida ordinaria la vida más perfecta y sobrenatural.

Con la rectitud de intención veré en cada uno de los actos que me señala mi regla la voluntad manifiesta de Dios para que yo le muestre mi amor y estaré siempre pronto y dispuesto para cumplir con todo primor los deseos del Señor hasta en los detalles más minuciosos y veré que Dios me habla y se me comunica en las leyes, en los superiores y en

mis prójimos con mayor certeza y seguridad que si me hiciera ternuras extraordinarias.

La rectitud de intención enseñó a los religiosos santos a dar gloria a Dios, a santificarse a sí mismos y a encumbrar su Orden a las cimas más gloriosas y admirables. Porque la gloria de una Orden es la santificación de sus miembros, y la santificación de los religiosos es la gloria de la Orden religiosa en el cumplimiento perfecto de los consejos evangélicos y en las prescripciones de sacrificio y recogimiento.

La rectitud de intención debe estar en todas las obras; pero tiene hermosura especial y resalta más su fortaleza cuando se la vive en las disposiciones de los Superiores y en las obras en servicio del prójimo y en la observancia de las leyes religiosas o eclesiásticas.

**288.** La Divina Escritura me dice que Dios *hará terrible juicio a los que mandan*. Será juicio de amor y juicio de justicia, para premiarles las buenas disposiciones que dieron y el celo santo y prudente que por la gloria de Dios y bien de las almas tuvieron, y para pedirles cuentas de sus imprudencias, de su abandono en la gloria de Dios, del incumplimiento de sus leyes y de sus deberes, atendiendo más a sí mismos que a Dios y a las almas de sus súbditos, buscando más el cariño de sus súbditos que la santidad de sus almas.

La santidad de las Ordenes religiosas y de las almas de los religiosos depende en gran parte de los superiores. Un jefe de una nación, si es perverso, pervierte toda la nación; un jefe bueno conduce

al cielo a toda la nación y hace que Dios reine en todas las almas y se cumplan sus mandamientos.

Para que haya orden y bienestar en una colectividad es necesaria la jerarquía y quienes manden y dispongan con autoridad lo que se ha de hacer.

Mas el que preside y manda a los demás ha de tener mayor delicadeza de conciencia en el ejercicio de la justicia, de la equidad y de la caridad y más perfecta rectitud de intención en cuanto dispone y en la prudencia y mansedumbre con lo que dispone, no confundiendo la entereza con la aspereza, sino vistiendo la virtud de la entereza con el esplendoroso y encantador vestido de la mansedumbre y bondad; que la justicia no deja de ser bondad, y el orden, el brillo de la bondad.

Pero el que está al frente de la colectividad y encargado del orden y de las disposiciones, es también el más responsable para premio y para castigo no sólo de sus propias acciones y disposiciones, sino de los efectos y de la trascendencia que producen en los demás miembros, así como del fervor y florecimiento y de la decadencia y tibieza que sobrevengan a la colectividad.

Porque si yo estoy al frente de otros no es ni porque sea más ni para recibir honores o beneficios ni procurarme adulaciones y exenciones; estoy porque el Señor así lo ha dispuesto para que yo me vigile más a mí mismo y me estimule a ser perfecto, y para que cuide con todo esmero y delicada diligencia de la perfección y bien de cada uno de los miembros con lo que resultará la santidad, el fervor y el bien común en proporción a como sea la santidad individual.

He de tener muy presente en cada una de mis obras y de mis disposiciones que yo he venido a ser perfecto y vivir vida de recogimiento y de virtud como todos los demás religiosos.

Que mal puedo pedir a los demás ni aun exhortarles a una perfección que no viva yo.

Que todos hemos abrazado y profesado unas reglas y una vida de perfección evangélica, aconsejada por Jesucristo, inspirada hasta en sus detalles por el Señor, y no podemos dejar caer en tibieza, sin ser traidores e infieles, ni evolucionar hacia la imperfección y disipación y regalo, ni hacia lo cómodo y mundano, esta santa profesión de nuestra religión. Y soy yo, el que estoy al frente, el que tengo que llevar sobre mis hombros la cruz más pesada; y soy yo el que tengo que ir delante de todos como fue Jesucristo; y soy yo, con mi buen ejemplo más que con palabras, quien tengo que hacer florecer la virtud y la santidad en todos. Dios me lo premiará, pero Dios me pedirá cuenta si no lo hago y si destruyo su obra en lugar de perfeccionarla.

No para descansar, sino para trabajar esforzada y heroicamente me pone el Señor al frente de los demás.

Nuestro Señor Jesucristo me dice: *Sed perfectos como mi Padre celestial; imitadme a mí; negaos y tomad mi cruz*. El fue perfectísimo. En todo se inmoló por la salvación de todos y el bien de todos. En todo buscó hacer sólo la voluntad de Dios y darle gloria y se la dio bien cumplida.

Es cierto que los súbditos han de mirar a Dios en el que los manda; pero no es menos cierto que el Superior ha de mirar a todos y tratar a todos mi-

rando en ellos a Dios, porque son miembros de Dios y viven la obra de Dios y ha de tratarlos como trataría al mismo Jesús.

Jesús siempre fue Dios y estaba muy por encima de la Virgen y de San José; pero la Virgen y San José mandaban a Jesús. Dios les había puesto en la obligación de mandarle; le mandaban llenos de respeto, llenos de bondad en sus palabras y en sus obras. No necesitaban corregir a Jesús, pero le mandaban y ordenaban lo que juzgaban más conveniente; porque Jesús se humilló hasta querer recibir instrucción y educación de los hombres, y la recibía de María y de José.

¿Por qué no he de mirar yo a Jesús, a Dios, en todos los que están en mi obediencia? Tendré que advertir, tendré que corregir. ¿Por qué no lo haré con ese espíritu levantado mirando a Dios y como lo haría el Señor y como si lo hiciese con El? ¿Por qué no pongo toda mi bondad con toda la entereza que haya que poner aun en los actos más desagradables de la corrección? ¿Miro a Dios en cada uno de los súbditos o en cada uno de los religiosos? ¿Miro la gloria de Dios en cada una de mis acciones?

**289.** Tengo que exhortar a todos a vivir la perfección, a vivir las virtudes, a vivir la vida interior, a vivir de tal manera el espíritu religioso y con tanta exactitud las disposiciones de la regla y con tanto amor y abnegación el espíritu de la religión que siempre vaya perfeccionándose, nunca decayendo ni amortiguándose; pero ¿lo vivo yo? ¿Doy yo el ejemplo? ¿Soy yo amablemente santo, indefectiblemente santo? Esto me pide el Señor. Esto es ser Superior



y servir en todos a Dios como Jesucristo me lo enseñó y mandó.

Si soy superior he de responder ante Dios no sólo de mi amor y de mis virtudes y perfección; he de responder también del amor, de las virtudes y de la perfección y santidad de los que están encomendados a mí y de la santidad, virtudes y observancia exterior e interior de la colectividad. Dios me pedirá muy exacta y estrecha cuenta de si se conserva el fervor con que empezó mi religión o si ha ido cayendo polvo en su vida y envolviéndose en tibieza, en avaricia, en comodidad y espíritu mundano de libertad y disipación.

Porque todas las Ordenes religiosas empiezan con heroico espíritu de pobreza, de oración y de abnegación, cumpliendo fielmente los consejos del Evangelio e imitando fielmente a Jesucristo; pero cuando pasan los años no siempre conservan ese fervor ni tienen tan presente a Jesucristo, ni viven a impulsos de la inmolación a Dios. El polvo de los años va matando la fertilidad y hermosa lozanía y cubriéndolo todo de abandono e indolencia. El Superior es el especialmente encargado por Dios para que cuide su jardín y le renueve con plantas siempre más hermosas y fructíferas. El Superior está nombrado jardinero del vergel de Dios para que le tenga siempre como un paraíso de delicia y gloria.

Si soy Superior he de ser el ejemplar que Dios pone ante los demás religiosos y ante la apreciación del mismo mundo; porque el mundo no practicará las virtudes, pero las sabe apreciar y criticar su ausencia en las personas que debieran tenerlas.

Al mundo, como a los religiosos, les mueven y

enfervorizan más las virtudes que las palabras elegantes, por muy verdaderas que sean, si no van acompañadas de las obras santas. Mi vida, mi humildad, mi mansedumbre, mi abnegación y caridad, mi fidelidad y sacrificio han de ser mi principal y mejor enseñanza y advertencia.

De las Ordenes religiosas y de las comunidades puede decirse como de los ejércitos, que un ejército de gallinas conducido por un león saldrá victorioso y un ejército de leones guiados por una gallina será derrotado.

Cuando el Superior es santo, lleno de prudencia y de caridad, cuando está lleno de amor de Dios y es fiel en la observancia y en la oración y en toda virtud, contagia santidad, hace amable la santidad y cuantos le tratan y viven bajo su influencia se estimulan mutuamente a vivir la santidad y están en una continua delicadeza y en una caritativa emulación de procurar ser mejores, de vivir más perfecta e intensamente el amor de Dios y el amor del prójimo. No decaen entonces las Ordenes de su fervor primitivo, sino que llegan a su más espléndida y radiante floración siendo la gloria de Dios, de la Iglesia y de la misma Orden. Dios suele enriquecerlas entonces con almas maravillosas y heroicas en abundancia.

Pero si el Superior es abandonado y negligente en la fidelidad a las leyes y en el esmero de la vida de oración e interior; si se ocupa más de atender y cumplir con los hombres que con Dios y se desvela por las cosas materiales de bienes, de intereses, de lujo, de honra y trato con personas de nombre, de posición, de ciencia, olvidando la pobreza y la ne-



gación de si mismo mandaba por Jesucristo, y poniendo el desasosiego en sí mismo y causando molestia a los hombres por adquirir lo que debe dejar a la divina Providencia y negociar calladamente con Dios en la oración, la Orden y la colectividad vivirán también en atmósfera mundanizada, vivirán en ansias hacia fuera, hacia lo seglar, se alejarán y aun olvidarán de su fin principal y del llamamiento a la santidad, del íntimo y entrañable amor de sus hermanos de dentro e irán cayendo ante Dios del espíritu que Dios puso en sus santos fundadores, dejando su vida de oración, su amor a la pobreza y a vivir desconocidos y quizá el Señor les vaya negando vocaciones por no estar ya en la debida santidad, o se las dará aseglaradas y frías. Y si le castiga dando acumulación de bienes para que tenga regalos y comodidades como tienen los ricos y mundanos, y que sacie su avaricia, será quitándole los bienes del alma y enfriando la Orden en deseos de santidad; porque menospreció los consejos evangélicos y se olvidó de la perfección que había profesado. Crece en lo mundano, pero languidece en lo espiritual.

Grande y muy terrible es la responsabilidad del Superior que está al frente de las almas consagradas a Dios cuando se olvida de las virtudes y se abandona en la santidad y en cuidar amorosamente esas joyas valiosísimas de Dios, permitiendo que el demonio las robe o las desfigure y grande sobre toda comparación será el premio y magnificencia con que galardonará delante de sus santos y ángeles al Superior fiel y diligente que con su ejemplo y celo levantó la caridad y estimuló la humildad y las virtudes de sus religiosos e hizo de su comunidad y de

su Orden un jardín donde Dios se recrea y donde las almas vienen a gozarse con la hermosura y perfume de flores tan escogidas y con tales santos, siendo la gloria de la Iglesia y la misión más eficaz para el mundo.

**290.** Pero con frecuencia el Superior santo tiene que ser mártir. No tengo nada más que hacer pasar por mi memoria los fundadores de las Ordenes religiosas. Hoy están en los altares y me postro admirado ante ellos a pedirles y a alabarles; pero muy pocos se libraron de estar antes en el cadalso, teniendo por verdugos a los mismos que los rodeaban y que se llamaban sus súbditos o sus hermanos. Era la mano de Dios que permitía obrara la mano del demonio, como le permitió que crucificara a Jesús para de ese modo redimirnos.

El demonio no puede permitir que se estimule y fomite la santidad. El demonio es el terrible adversario de cuantos pretenden mejorar las almas y dar gloria a Dios amándole y estimulando a las almas que crezcan en el amor y vivan la perfección evangélica y la santidad más hermosa. El demonio odia la santidad y a las almas que fomentan y alientan a la santidad y enseñan a ser santos, y él mismo se hace verdugo y mueve, si puede, a que otros también lo sean de los Superiores que procuran con celo, con prudencia, con subyugador ejemplo y santas palabras que las almas se encierran en la luz de Dios, alejándose de todo lo que disipa y aun distrae para vivir más angelicalmente esa íntima vida del amor de Dios.

Un Superior santo no puede acomodarse a lo

mundano, a lo profano, a lo que enfría, si no mata, el espíritu de Dios; un Superior santo, por lo mismo que se esfuerza en ser viva llama de amor de Dios, aparta y rechaza todo cuanto pueda contrariar esa llama e intente o atenuarla o apagarla, y sabe que lo aseglarado, que lo regalado, que lo cómodo, que lo mundano y la preocupación de los cumplidos y modos mundanos y la manifestación aseglarada amenguan la llama del amor de Dios y, si no hay cuidado en contrariarlo, llega a apagarla o dejarla muy mortecina.

El Superior santo es el defensor y guardián del espíritu de Dios viviéndole y aconsejándole. No puede doblegarse a la manera de ser y pensar del mundo, porque entonces haría traición al Evangelio y sería enemigo de Dios. Quitaría gloria a Dios en lugar de dársela; dañaría a las almas en lugar de glorificarlas y hacerlas amor de Dios; se haría demonio de los mismos que debe custodiar como ángel. Y lo aseglarado y lo mundano y lo regalado y cómodo y lo presumido y vanidoso se levanta contra él por un tiempo más o menos largo; todo movido por el demonio; todo aparentando celo y discreción; todo diciendo que es el bien que exige la actualidad, todo bajo aspecto de bien y de mayor bien. Mártires fueron por esto San Benito, Santa Teresa de Jesús, aun con todo su carácter encantador y de atracción; San Juan de la Cruz, San José de Calasanz, San Alfonso María de Ligorio y tantos otros; pero fue el primero el mismo Jesucristo, y no por eso dejó Jesús de seguir haciendo la voluntad del Padre hasta el final.

El Superior, llamado por Dios y puesto por Dios

en su lugar y como representante suyo, sabe que ha sido puesto para vivir la santidad y estimular a todos que sean santos; sabe que de él depende en gran parte, muchas veces, la santidad de los demás y la gloria de Dios y de las almas y aun la salvación de muchas almas, y no puede, porque Dios le pedirá cuenta estrechísima, no puede dejarse arrastrar de las opiniones de anchura o caminos de anchura como los llamaba Santa Teresa; sabe que el que abre la puerta para que entre el aire mundano en el claustro y se forme atmósfera viciada y aseglarada es apóstata y traidor a Dios y al encargo que le ha confiado. Ha sido nombrado jardinero del paraíso de Dios, que son los conventos, y sería terrible mal deshacer la belleza y fertilidad de este paraíso, para esterilizarle con doctrinas y modos de pensar y de obrar de lo mundano. En lugar de representante de Dios se habría convertido en demonio de las almas que le habían sido encomendadas y en el enemigo más perjudicial de la Iglesia y del mismo Dios, pues le robaba las mismas joyas y flores que le había encomendado, pues las joyas y flores de Dios son las almas.

Qué grande gloria os puedo dar, Dios mío, si soy santo Superior y cuando me ponéis en un puesto algo eminente de la tierra. Me ponéis para que esté más sobre mí y viva más delicada y perfectamente mi vida espiritual y las virtudes. Nunca permitas, Señor, que deje de hacer en todo vuestra voluntad, que haga pacto con lo mundano en algo ni que cause daño alguno en los que me han sido encomendados; me los encomendasteis para que los cui-

dase y santificase con mi ejemplo, con mi oración y, si puedo, con mi exhortación.

El Superior, puesto en lugar de Jesucristo, ha de ser como El fue: servidor de todos, modelo de todos y ha de inmolarse y rogar por todos. Dichoso de él si termina en la cruz por la gloria de Dios.

Dios mío, dad Superiores santos a las Ordenes religiosas; dad Superiores santos a la Iglesia; dad Superiores santos a las naciones y pueblos.

**291.** El Superior santo es, con su vida más que con su palabra, la regla viva y la exhortación perfecta y caritativa. Con sus modales de amor abnegado y de mansedumbre arrastra a todos.

Si soy Superior he de tener puesta toda mi atención en Dios y no he de hacer nada que no sea según su voluntad y como lo hiciera El en mi lugar; ni aun por llevar a los demás a una más perfecta virtud he de hacerlo, sino por Dios, porque Dios lo quiere, porque ésta es la voluntad de Dios conmigo, porque ésta es la gloria que el Señor me pide. Si lo hiciera por los que me están encomendados, me desazonaría y tendría un celo indiscreto y exigente; sería duro e inexorable para con los demás y me olvidaría de mi debilidad y de que lo que Dios me pide es mi amor, mi propia santificación, y con ello ganaré y alcanzaré la de los demás.

No he sido nombrado por Dios para reprender ni para perder la paz pensando si ellos no son tan fervorosos como debieran ser, sino que me ha nombrado Dios para que sea más cuidadoso de ser yo santo y ejercitar más perfectamente las virtudes; de ser muy exigente conmigo y expiar yo lo que

pudieran ser negligencias o infidelidades en los demás.

Jesucristo vino por todo el mundo; se ofreció e inmoló por todo el mundo; no salió a amenazar y conminar a todos los hombres de las diversas partes del mundo, pero oró por todos y a todos amó, y su recomendación especial fue que yo amara a todos y me ofreciera por todos como se ofreció El. En cada obra y en cada momento el Superior modelo y santo ha de poderse contestar: Estoy haciendo la voluntad de Dios. Estoy haciendo esto, dentro de mi pequeñez, como Dios quiere, y estoy haciéndolo sólo por amor de Dios. Todo por Dios, sólo por Dios y siempre para Dios ha de ser mi consigna, que equivale a: ¿Cómo haría esto Jesús en estas circunstancias?

Si yo diera la más pequeña entrada al amor propio, si me inspira la presunción o me domina el regalo o la soberbia, si me busco a mí mismo, me mareará el vértigo de la soberbia y caeré irremediablemente en el error y en la imprudencia y me engañaré a mí mismo —y quizás a los demás—, alejándome cada vez más de la perfección y de Dios. ¡Dios mío, preservadme de mí mismo! No os apartéis de mí para que no deje de miraros y no me busque a mí fuera de Vos.

Porque muy alto estaba Lucifer y muy lleno de luz; presumió, salió de la voluntad y del amor de Dios, se rebeló y su caída, con la de otros muchos a quienes indujo a la rebeldía, fue la más desgraciada y sin remedio. Criado para la mayor felicidad y gloria, cayó en la mayor desgracia y desdicha. Se



buscó a sí mismo con menosprecio de Dios y se cubrió de oprobio y labró su desgracia.

Si soy Superior no he de mandar a los súbditos como a inferiores. El Superior no es en sí más que los súbditos y ante Dios quizá sea muchas veces muy inferior a sus súbditos. Si soy Superior he de mandar y dar las disposiciones como si mandase al mismo Jesús, y en cada uno de los súbditos he de mirar a Jesucristo. No de todos podré decir que son santos, como era Jesús, pero yo he de mandarles como mandaría, repito, a Jesús mismo, y si tuviera que imponerles alguna sanción hacerlo con la mayor bondad y aun reverencia, porque Dios me lo impone y me manda que lo haga.

Si me viera en la circunstancia de mandar a Jesús, con qué delicadeza, con qué caridad, con qué reverencia y amor le mandaría. Cuando medito en San José y en la Virgen mandando a Jesús, como era su obligación mandarle y como El quiso someterse a su obediencia, los admiro viéndolos llenos de la más sencilla y delicada reverencia, con un amorosísimo y tiernísimo respeto. ¡Mandaban a su Dios! Cuando la Virgen le expresa su sentimiento al encontrarle en el templo, le dice llena de ternura: *Hijo, ¿cómo lo has hecho así con nosotros?* Queja de amor delicadísima expresada y bien entendida por Jesús.

Pues mi fe me enseña que si yo estoy puesto en lugar de Dios al frente de otros y tengo que mandar, mando al mismo Jesucristo en los que están esperando mis disposiciones y esperan también mi ejemplo. Porque he de mandar más con mi ejemplo

que con mis palabras; con mi mansedumbre más que con mis órdenes.

Si me doy cuenta de que en mis súbditos mando a Jesucristo y miro a Jesucristo, seré padre muy comprensivo y prudente en disponer y muy amoroso en el modo de dar las disposiciones aun cuando tenga que imponerme para hacer cumplir lo dispuesto. ¡Cuánto rebajaría mi obligación y qué ridículo e imprudente sería poner en mis labios el *yo soy Superior* para imponerme y hacerme obedecer! La mansedumbre y bondad imponen más que toda exaltación y dureza.

Cuando el Superior tiene que sufrir el martirio de la entereza, porque se ha de hacer la voluntad de Dios, tiene que hacerlo por la inmovilidad de la mansedumbre y de la virtud apacible.

Si miro a Jesucristo en los súbditos, ahuyentaré de mí la aspereza y el mal humor; evitaré la indelicadeza y el mal modo y mandaré lo santo, lo bueno, lo prudente; y es lo que puedo mandar a Jesús y Dios bendecirá mi mandato y convertirá en ternura hasta las mismas piedras más duras y rebeldes.

Esto hace de la vida religiosa un cielo; porque todos viven siempre en Dios; porque en todo y en todos se mira a Dios; porque de este modo se vive la vida íntima y sincera de Dios y la unión de espíritu que nos mandó tener el Señor.

No por esta mansedumbre se ha de dejar de hacer lo que se debe hacer. Cuando un religioso quería obtener de San Alfonso María de Ligorio algo que no era perfecto, le recordó que él había dicho no negaría nada que le pidieran por la Virgen Santísima, y por ella se lo pedía; y el Santo contestó: «Esto

no agrada a la Virgen, porque no es bueno, y ni ella se lo concedería ni yo haría bien concediéndoselo.»

¡Qué dulcemente suelen recibirse las representaciones de los Santos envueltas en esa humildad! Reprendía una Superiora santa a una religiosa fervorosa por una obra no bien hecha, o de un modo menos perfecto, y otra religiosa de poco tiempo que lo presenciaba no pudo menos de exclamar: ¡«Qué alegría, madre, si yo tuviera la dicha de que tuviera la confianza de corregirme como a esa hermana! ¡Qué encantadoras hace hasta las correcciones la recta intención!»

Creo que es más necesaria la rectitud de intención en los superiores cuando tienen que mandar que en los súbditos cuando tienen que obedecer, aun cuando es necesaria en los dos. Si yo tengo que vigilar la gloria de Dios, si tengo que cortar algunas costumbres o algunas extralimitaciones o negligencias, si tengo que oponerme a algunas voluntades y pareceres, si tengo que sostenerme para que no decaiga lo bueno o no se introduzca alguna tibieza en el individuo o en la comunidad —y siempre es desagradable a la naturaleza y al gusto tener que oponerse y que corregir—, lo haré sólo mirando a Dios y viendo que Dios quiere y exige que se haga esto, pues con la mirada en Dios encuentra la voluntad firmeza para realizarlo y sobreponerse a la natural timidez. Dios mío, ¿qué me importa a mí eso? Pero Vos lo queréis, yo tengo que quererlo y hacerlo; pero tengo que esmerarme en envolverlo en caridad; tengo que suavizar este sacrificio con el bálsamo del amor. Dios mío, ayudadme a que os

ofrezca esta penitencia y dadme que lo haga como lo haríais Vos.

Como Superior necesito estar más sobre mí y más en Dios; necesito ser más humilde para no desviarme en nada del Señor y mostrar en todo que le amo y obedezco.

Necesito más perfecta mansedumbre en mis palabras y obras.

Si yo busco sólo a Dios, buscarán solamente a Dios los que están conmigo. Si yo obedezco a Dios con toda delicadeza y exactitud, Dios hará que los súbditos obedezcan las leyes y a su Superior con toda diligencia. Si yo miro a Dios en todo, todos mirarán en mí a Dios. Soy jardinero del jardín de Dios. Dios ha confiado a mi cuidado la belleza y riqueza de su jardín. No hago mi obra, sino la obra de Dios, y he de hacerla con más esmero que si fuera obra mía. Dios mío, que vuestro jardín florezca y esté saturado de vuestro perfume y limpio de toda mala planta. Venid gozoso a recrearos en este vuestro jardín; yo quiero acompañaros y miraros; quiero hacer vuestra voluntad.

Nadie tiene que poner más empeño en obedecer a Dios y a las leyes que el Superior.

Yo Superior, soy guardián de estas leyes y no puedo apartar un momento mis ojos de los de Dios para seguir sus insinuaciones, para mostrarle la verdad de mi amor.

Nunca he de mandar nada a nadie ni dar disposición alguna por meros motivos humanos. He de disponer siempre mirando que Dios me manda eso mismo a mí y yo sólo lo transmito a quien El quiere y como El quiere. De este modo sobrenaturalizaré

todas mis disposiciones y haré directamente y con certeza la voluntad de Dios; ni mandaré a otros lo que no gustaría me mandasen a mí.

**292.** Se suele decir que la rectitud de intención es necesaria principalmente para cumplir la obediencia. Para que esto sea verdad se ha de dar una amplitud muy grande a la frase. Para realizar ciertas obras de obediencia se necesita un mayor esfuerzo y a veces un acto heroico. Pero debo fijarme bien que no consiste la obediencia en obedecer sólo al Superior.

Quien más tiene que obedecer y con mayor responsabilidad es el Superior. Todos tenemos que obedecer al Superior y más aún a las leyes que hemos profesado y están por encima del Superior; éste las ha de obedecer con mayor diligencia que otro alguno, pues es especial guardián de las mismas; y todos venimos a cumplir hasta las insinuaciones de la voluntad de Dios. En esto precisamente está la santidad. En esto se verá la perfecta abnegación y ofrecimiento.

Soy religioso y he ofrecido a Dios lo que más estima y lo que me ha pedido: *Hijo mío*, me ha dicho, *dame tu corazón, dame tu voluntad*. He puesto mi voluntad en las manos de Dios y sólo debo querer lo que Dios quiere y como Dios lo quiere, y debo aceptar lo que Dios tiene determinado para mí, sin mirar las manos por donde llegan sus disposiciones o permisiones. De las manos de los verdugos y de jueces inicuos recibió Jesús la muerte ignominiosa e injusta de la cruz, pero la recibió de las manos de su Padre celestial y El obedeció aceptándola. Todo

lo dispuesto y aun lo permitido es voluntad suya para conmigo. Yo la acepto con todo mi amor. Dios mío, a Ti mira mi alma y en Ti pongo mi espíritu.

La rectitud de intención es hacer la obra mirando a Dios y por amor de Dios, porque Dios lo dispone, por desagradable que me parezca. Aquí está el heroísmo de la virtud y el verdadero cimiento y ornato de la santidad. En todo he de ver la mano de Dios, pero he de verla de modo muy especial en todos los actos de la obediencia.

Se ha dicho que el que manda puede errar, pero el que obedece nunca se equivoca, siempre hace la voluntad de Dios. Y de San Bernardo es la sentencia de que para el obediente no hay infierno, porque va por el camino seguro de hacer el querer de Dios.

La obediencia perfecta es mi cruz, pero será también mi seguridad y mi corona de gloria.

He ofrecido a Dios mi voluntad para estar pronto en la obediencia directa a Dios en sus mandamientos y en las leyes de mi estado religioso, inspiradas y mandadas por Dios; y a los superiores, que están en lugar del mismo Dios. Y en la obediencia indirecta recibiendo, como venidos del mismo Dios, cuantos acaecimientos lleguen a mí, pues Dios me los dirige, y si ni una hoja se mueve en el árbol sin su disposición, mucho menos llegará nada a mí que El no lo disponga para bien mío. Mi amor y mi deseo siempre han de estar mirando a la luz del cielo. La obediencia no sólo me ata a Dios, sino que me une con El, porque une esta pobre y voluble voluntad mía a su divino querer, y la rectitud de intención, atendiendo a Dios, ennoblece mi libertad y la



sobrenaturaliza al unir mi voluntad con la voluntad divina; me enseña a hacer el deseo de Dios, y este Divino Señor mío, por lo mismo que yo se la he ofrecido toda y lo acepto todo y quiero lo que El quiere, pues El me lo da, me levanta mi amor y mis potencias al amor sobrenatural haciéndomelo suyo.

Por su amor me hago siervo de mi Dios, y es mi Padre, y le entrego todo el tesoro de mi amor y me gozo en verme al servicio suyo y de que El tiene todo mi corazón y le hace suyo; y me gozo de que todo me habla de El y todo lo recibo de sus manos y me da fortaleza para practicar las virtudes y cuanto me manda como yo sin El ni podría ni sabría. Dios mío, os doy gracias y de nuevo me ofrezco a Vos y os pido me tengáis unido siempre a Vos y sólo desee amaros.

**293.** Pero este ofrecimiento y esta entrega he de hacerla real y efectiva mirando en cualquier Superior que tenga y me mande, a Dios, pues el Superior está en lugar de Dios y cuando el Superior me lo manda es Dios quien me lo manda y a Dios obedezco.

Con mayor razón he de mirar a Dios al ejecutar cualquiera obra de las dispuestas por las leyes que profeso, y cuando quebranto esas disposiciones no sólo abro el camino a la relajación y a la anchura que condenaba Santa Teresa, sino que es a Dios a quien desobedezco y menosprecio.

La rectitud de intención me enseña a no mirar si me es agradable o desagradable lo que se me manda, a no reparar en si está mandado con dulzura y

buen modo o con aspereza, displicencia o despotismo, sino a fijarme sólo en que me lo manda Dios por mis superiores y por las leyes.

El Superior tendrá que mirar muy bien lo que manda y cómo lo manda, pero yo no tengo que mirar nada más que a obedecer a Dios y ofrecérselo a Dios. Este es ciertamente el camino más rápido para llegar pronto a la santidad y el más seguro; aquí se muestra el perfecto amor de Dios no en la ternura o sequedad ni en la alegría o repugnancia, sino en la obediencia, porque aquél ama de verdad que guarda mis mandamientos y está unido a mi voluntad quien cumple mis deseos.

Cuando para el cumplimiento de la obediencia reparo en las cualidades del Superior que me lo manda y a la prudencia y bondad o delicadeza con que me lo mandó, obraré bien, pero empañó, en cierta manera, esta rectitud de intención y no miro ya simple y sobrenaturalmente a Dios. Es verdad que es una delicia y contento obedecer al Superior que manda con encanto y delicadeza, y los tales superiores siempre saben tener contentos a sus súbditos, aun cuando sean díscolos, y los conservan unidos, que es una gran habilidad y virtud, pero este es un aspecto humano aun cuando bueno y yo debo sobrenaturalizar mis actos y hacerlo porque me lo manda Dios, aun cuando no fueran mandados ni con prudencia ni con delicadeza. He de mirar en mis superiores y en sus disposiciones al mismo Jesucristo, hacerlas y cumplirlas como El mismo las cumpliría en este momento y en estas circunstancias.

Necesito estar continuamente vigilando sobre mí

mismo y en presencia y compañía de Dios para no dejarme ilusionar ni arrastrar de mi amor propio, que me llevaría a error seguro y a buscar la adulación de los superiores.

Como he de procurar agradar también a mis hermanos y a mis prójimos no por las ventajas que de agradarles me vengan o por las simpatías o atractivo que en ellos haya, sino atendiendo en ellos a Dios que está muy por encima de todos estos agradados humanos y de los sentidos. Si obro atendiendo a mi agrado y a mi gusto, aun cuando la obra sea buena, ya la rebajo, no la sobrenaturalizo; interpongo la tierra de mi gusto y agrado o de mi conveniencia entre Dios, sol y belleza de infinita perfección, y mi alma, y la tierra hace sombra, oscurece, enfría y mancha; la obra que debía ser sobrenatural queda en acto meramente humano, aun cuando es bueno.

La caridad, la bondad, la delicadeza y reverencia deben informar todos mis actos, pero no deteniéndome en ellos ni haciéndolos para captarme la voluntad de los demás e imponerme amablemente, sino mirando que Dios lo quiere así y sobrenaturalizándolo; el hacer la voluntad de Dios, y cuando se hace con todas esas cualidades, convierte en un cielo el trato mutuo de los hermanos, de los súbditos y de los superiores.

En verdad que la virtud de suyo invita a ser amada y cuando se la vive se hace de la tierra un paraíso.

**294.** La rectitud de intención es actualidad de amor de Dios; es abnegación y ofrecimiento; es delicadeza, mansedumbre y amabilidad, porque es per-

fecto y amoroso abrazo de la voluntad divina. Encanta y subyuga gozosamente los corazones. Quizás por eso se llamó a Santa Teresa la robadora de corazones. Aquel fenómeno, de carácter tan incomprendiblemente complejo, reunía todos los encantos y arrastraba todas las almas. Porque se veía llena de Dios y en todo miraba a Dios. Su sonrisa como su palabra tenían vitalidad divina. De la sonrisa de Santa Catalina nos dicen que desconcertaba y penetraba las almas atrayéndolas.

La actualidad del amor preserva de caer en la rutina y de obrar solo aparente y superficialmente, como por costumbre, sin apenas fijarse, como marcha un reloj, porque se le ha dado cuerda. El amor es llama actual que ilumina, calienta y quema. San Juan de la Cruz solía decir: *Dese cuenta de que hace la obra y de que la hace por amor de Dios.*

Cuando tengo presente a Dios, cuando atiendo a que Dios me está mirando amoroso, realizo mis obras con la mayor perfección y con el mayor amor posible y me esmero en agradarle. Me insiste Santa Teresa, repitiéndome, *quo no mira Dios tanto la grandeza de la obra como el amor con que está hecha.*

Esta actualidad del amor, esta atención a Dios, sobrenaturaliza las acciones por sencillas que sean y las convierte en actos heroicos de caridad, como me decía la misma Santa Teresa deben ser. Dios mío, mírame y que yo te mire y me fije que Tú estás en mí y yo en Ti. Ensáñame a amar y dame tu amor para que no ejecute yo obra alguna ni tenga pensamiento que no te le ofrezca y lo haga por Ti. Hazte de tal manera presente a mi alma que

todas las demás cosas las tenga yo como nada ante Ti, para que viva y piense como si Tú y yo estuviéramos solos en el mundo el uno para el otro o yo para Ti.

En esta atención a Dios y en este mirar que me mira y que le amo encontrará mi alma la paz, aun cuando me haya resultado mal la obra. Muchas veces me intranquilizo después de haber obrado equivocada o erróneamente; y no es por amor de Dios, sino porque me faltó la rectitud de intención y mi amor propio ha quedado herido; pienso que pueden disgustarse conmigo o que formen un concepto inferior de mí y de mis cualidades. Todo es falta de mirar a Dios y exceso de amor propio, pretendiendo mi natural engañarme a mí mismo como si fuera amor de Dios. No permitáis, Señor, que busque mis alabanzas ni mi honra humana ni la estimación de los que me conocen; que mi honra esté en ofrecérsela a Vos y buscar la vuestra. Cuando encubráis mi inhabilidad e ignorancia haciendo que resulte bien y parezca bien lo que hice, la alabanza de los hombres sea para Vos y con el Salmo os digo para siempre: *No a mí, Señor, no a mí, sino a tu nombre sea la alabanza.* Y cuando me resulte mal y lo interpreten mal y mi escondido amor propio se resienta, por temor de que los hombres me tengan en menor estima, veré que aún está muy vivo en mí el amor propio y no vivo solamente para Vos, y os daré gracias porque me convenía lo permitierais así, ofreciéndoo de nuevo mi deseo de hacerlo sólo por Vos.

La obediencia fiel me ordena y sobrenaturaliza todos mis actos de religioso. El admirable santo

Juan de Avila decía envidiaba santamente a los religiosos, porque obedeciendo estaban seguros de que hacían la voluntad de Dios, y él no podía tener esa seguridad ni aun en las correrías de su apostolado, porque no estaba bajo la obediencia de un Superior que se lo ordenase. Yo, obedeciendo, estoy cierto de hacer la voluntad de Dios si mi obediencia es de corazón. Mi voluntad está en manos de Dios y unida a la misma voluntad divina por mis superiores y por la fidelidad y delicadeza en obedecer las leyes que Dios me dio. Ayudadme, Dios mío, para que ponga todo mi corazón y todo mi amor en cada acción que realice. Que someta mi juicio y mi amor propio atendiendo a que sois Vos quien me lo mandáis por mis superiores y por las leyes.

**295.** Los Santos hicieron obras extraordinarias y heroicas de virtud; pero no fueron santos por esas obras heroicas ni empezaron el camino de la santidad por esas obras, sino por realizar con esmero las obras pequeñas y ordinarias. Lo que hacemos los demás inadvertida y rutinariamente lo hacían ellos viviendo la frase que Santa Teresa dijo: *«no mira Dios tanto la grandeza de la obra como el amor con que está hecha»*. En cada acción ponían todo su amor por Dios y rendían su juicio al querer divino dando perfecto cumplimiento al primer mandamiento de Dios de *amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todas sus fuerzas*.

San Juan de la Cruz me enseñaba que *pusiera amor donde no hay amor y sacaría amor*. Si en todas mis acciones y deseos voy sembrando amor, en



todas recogeré abundante y sazonado fruto de amor; viviré la santidad; porque el amor de Dios me enseña a mirar a Dios solo y todas las cosas en Dios y olvidarme de mí mismo. Tanto más perfecta y altamente me olvidaré de mí cuanto más perfecta y atentamente me mire y me ame en Dios; en El aprenderé a cumplir con toda diligencia y todo primor su voluntad. Mi corazón ha de ser el altar y el incensario donde ponga el fuego y el incienso de toda mi actividad interior y exterior y se las ofrezca a Dios en holocausto y olor de suavidad.

Dios quiere le ofrezca el holocausto perfecto, el amor perfecto, la voluntad entera sin mancha ni disminución alguna.

Los religiosos de todas las Ordenes religiosas viven al exterior todos casi igual, ejecutando las mismas obras, llevando el mismo horario, alimentándose de los mismos manjares, cubriéndose con los mismos vestidos y asistiendo delante del Señor en la iglesia. Pero unos son santos admirables y otros no nos hemos determinado a despegarnos del polvo de la tibieza; unos brillan por sus virtudes y su amor de Dios en los altares y los fieles imploran su protección ante el Señor, y otros nos enmohecemos en la tibieza y negligencia anhelando y buscando caminos de anchura, regalo y distracción; unos levantan con su fervor sus religiones a la altura más esplendorosa y triunfante y otros las hundimos en el polvo del menosprecio por nuestra frialdad y tibieza. La causa de tal diferencia no setá en las obras, pues, como digo, son muy semejantes las que realizan unos y otros; la causa está en el modo y en la vida y fin con que se hacen. Los unos las

hacen con pureza de intención e intenso amor de Dios, buscando sólo su gloria y alabanza; los otros buscan su amor propio y su comodidad, mirándose a sí mismos y olvidándose de Dios. Los que buscan sólo a Dios y su glorificación, uniendo su voluntad a la divina, reciben la sabiduría y la fortaleza del amor y va creciendo la santidad y la luz de Dios en sus almas de día en día, y crecen en los deseos de inmolarse a Dios cada vez con mayor perfección con obras santas; están llenos de Dios. Cuando el recuerdo y presencia de Dios no llena el corazón y la memoria y hasta la loca imaginación, el pensamiento se vuelve hacia sí mismo buscándose y hacia lo terreno, y la inclinación y la imaginación marchan resbalando hacia lo externo, en disipación y comodidad, en regalo y vanidad, huyendo del sacrificio, cerrando la puerta de la oración, evitando tratar con Dios e ignorando la fuerza y hermosura del amor divino.

En verdad que la santidad es querer; porque el que quiere con determinada determinación, recibe en la medida que quiere el poder de Dios. Dios está en la voluntad y en el corazón del que le busca y se le entrega. La unión de amor es entrega mutua de voluntades, con ganancia infinita para el alma que se determina a depositar su voluntad en la de Dios y a recibir la voluntad de Dios en la suya. ¡Qué inexplicable e inconcebible gozo el del alma que responde generosamente a la amorosa petición de Dios: *Hijo mío, dame el corazón; dame tu amor*, En el mismo momento de la determinación del alma, Dios entrega su amor infinito al alma en depósito, pero en real posesión.

Dios mío, que yo te entregue ya de una vez todo mi corazón; que todo cuanto en adelante obre sea sólo por Ti y para Ti, y de tal manera esté unido a tu querer que tu voluntad sea la mía y tu deseo mi querer y mi obrar.

Asegurado en esta verdad decía San Juan de la Cruz que Dios hace la unión de amor con el alma cuando el alma, puesta en el amor de Dios, ha muerto perfectamente a sí misma; cuando ha realizado la total aniquilación de su amor propio; cuando se ha determinado a ser de Dios; depende del alma, puesto que Dios la da su fortaleza infinita y el poder ilimitado de su amor. Dadme, Señor, que yo ya quiera de una vez.

Por esto decía también el mismo santo que en el momento de la cuenta Dios me examinará en el amor. No será el examen de otra cosa que del amor y de las obras medidas por el amor con que las hice. Dios quiere darme el máximo premio del amor y depende de El y de mí; de El que me lo ofrece y de que yo lo reciba y lo viva. El amor piensa, obra, tiene la atención constante en el objeto que ama. Que no me olvide yo, Dios mío, ni un momento de Vos. Dadme que os ame. Enseñadme a realizar mis obras todas con amor extraordinario.

**296.** Cuántas veces puedo ver en la vida religiosa lo que un seglar me indicaba de una religiosa: que era una perfectísima y detallada ama de llaves. No se la pasaba un detalle ni una tilde en la economía y administración. Todo lo hacía, veía y cumplía a las mil maravillas; pero nunca se recordaba de Dios ni veía el amor de Dios por ninguna parte.

Buenísimo era lo que hacía, pero lo humanizaba; lo santo, y a lo que he venido a la religión, es a sobrenaturalizar hasta lo imperfecto. He de esmerarme en hacerlo tanto mejor cuanto que lo hago no por los hombres, sino por Dios, pero en todas mis obras y actividades corporales y espirituales, externas e internas, científicas o económicas, he de mirar a Dios y hacerlas por Dios con caridad y delicadeza. Si, de este modo las realizo, Dios está complaciéndose en mí; mis obras serán de amor; seré santo y daré santidad a mi Orden y yo sentiré la alegría y el gozo de la complacencia de Dios, con los cuales no hay nada que pueda compararse.

Si en todas las obras ordinarias que tengo prescritas por el horario que mis leyes me determinan, y en todas las que realizo al exterior con mis hermanos o con mis prójimos, pusiera yo si este amor intenso hacia Dios, mis potencias estarían ya rebozando pensamientos y deseos de Dios y estarían bañadas en el gozo de Dios. Se encontraría mi alma perfectamente preparada, silenciosa y vacía de preocupaciones e intereses para estar en profunda oración y en trato confiado con Dios, sumergido en este mar de amor de Dios, y todas mis obras serían oración y ejercicio de amor. Mi memoria estaría ya purificada y limpia de las imaginaciones y recuerdos que ahora todavía me atormentan y disipan y manchan; mi gozo sería recogerme en Dios con olvido de apetitos y miserias torcidas y malsanas y del amor propio, y mis ansias y alegrías serían vivir abnegadamente la caridad buscando la gloria de Dios y la santidad para mi alma y para las almas

de todos los hombres. Sería ya dichoso mártir del divino amor.

Porque Santa Teresa lo era, como lo han sido los santos, decía con frecuencia:

Vuestra soy, para Vos nací,  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Lo decía, lo sentía y se gozaba en ello; porque vivía ya esa dicha; porque vivía totalmente para Dios. Más claramente aún, si cabe, lo expresaba cuando, toda fuera de sí, gustaba de repetir: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* ¿Qué se la daba a ella de los señores de la tierra ni de los bienes del mundo si los había dejado todos, si su gozo era la pobreza y estar sola con Dios, si todo lo había repisado, como ella dice? ¿Qué se la daba a ella de las curiosidades, disipaciones o vanidades de la sociedad si su gozo estaba centrado totalmente en tratar con el Señor de los señores y en pensar sólo en El? ¿Cómo no había de sentir un gozo entrañable y altísimo si para ella los que vivían eran los de allá, del cielo, y los que trataba en la tierra eran como sombras y muertos? Por eso mismo nunca se cansaba de estar sola, porque era cuando se sentía en mejor compañía.

¿Qué gozo y qué claridad de luz y qué rebosar de dicha pone este vivir sólo para Dios y cómo hace olvidar todo lo demás si pienso que en el mismo cielo el alma vive sólo para Dios, porque todo lo incomprendible y cognoscible de la creación corpórea y de la misma creación espiritual es como nada y como fealdad ante lo infinito de luz, sabiduría, her-

mosura y de todo bien de Dios! Y viendo la creación entera con sus misterios en Dios, toda es como oscuridad y fealdad eclipsada por la infinita verdad de Dios, porque la soledad con Dios es la compañía infinita y es conocer el sumo y perfectísimo inteligible, creador de toda inteligencia y su último y dichoso fin.

¿No ha de procurar esta alma vivir retirada de todo y libre de los cumplidos y disipaciones sociales? ¿No ha de procurar poner toda su atención en Dios, suma hermosura y gozo? ¿No ha de rebosar de gozo en esta solitaria compañía y dichosísima mirada? ¿No nos explica esto la exaltación de incontenible alegría cantada por muchos santos y la abstracción que a veces padecían? ¿No leemos todo esto en la expresión de San Juan de la Cruz: *Vivo en la Santísima Trinidad?*

Buscaban las almas santas estar solas; porque el trato con los hombres y sus cumplidos y exigencias, y las preocupaciones de las criaturas siempre enfrían y siempre atan a la tierra y ponen cataratas en los ojos del alma, que la impiden ver la luz bellísima del espíritu y de Dios; siempre hacen sentir alegrías de los sentidos y disipación de potencias que quitan atención amorosa a Dios, que matan las alegrías y luces espirituales y celestiales. Por esto inculcaba tanto Fray Luis de Granada que se dejaran las visitas y cumplidos no necesarios con los hombres, si se quería tener este espíritu o no perderle. No es posible mezclar el lodo y tinieblas con la luz y belleza del cielo.

Aun cuando se dé como disculpa que eso no es pecado, y ciertamente no lo es, pero es señal de que



no se aprecia a Dios en lo que es ni se desea de verdad la perfección. La sequía no mata los trigos ni arranca los vegetales; pero ni unos ni otros crecen con la sequía, languidecen y terminan secándose sin dar fruto y con la sequía todo se agosta, esteriliza y fenece. El alma pendiente de cumplidos, exigencias y disipaciones sociales no puede crecer en el amor de Dios, ni fomentar la vida interior ni detener su atención en Dios; está pendiente de las miras humanas y de las vanidades humanas y se olvida de las divinas. Ha perdido la rectitud de intención y se ha cerrado la puerta para la verdadera espiritualidad y para tratar íntimamente con Dios; porque bien pobre y desgraciado es el que no se contenta con Dios; ni puede llenar su corazón de Dios ni sentir sus delicias, quien da entrada en su corazón a otra cosa que no es Dios.

**297.** ¡Qué libre sería ya, y cómo una alegría superior a cuanto puedo comprender habría llenado mis potencias, si en todo tuviera puesto mi pensamiento en Dios y fuera Dios mi única y suprema aspiración! Porque las inquietudes y desazones que sufro nacen de mis apegos a personas y cosas de mi amor propio, por pensar que no habrán formado buen concepto de mí, que me tendrán por inhábil, que no agradé o hice un desacierto o si me verá privado de algo que deseo. Todo es amor propio y amor de interés, de regalo y de estima vana.

Si cuanto hago lo realizo por Dios y según juzgo lo quiere Dios, nada me inquietaría, ya que Dios se había agradado en ello, y aun se daría la realidad que leemos en muchos santos, que el Señor hacía

que tomaban los hombres bien sus equivocaciones y a la larga eran aciertos y crecía la humildad del santo viendo su error y el concepto que los hombres tenían de él.

Que todos mis pensamientos, que todas mis intenciones y afectos sean, Dios mío, sazonados frutos y flores hermosas ofrecidos a Vos e incienso sagrado que suba hasta Vos como perfume de amor y de expiación. Alma mía, cuida de que ésta sea tu sola aspiración y pon en esto toda tu atención. Para esto te llamó y llama el Señor al estado de perfección, para esto te ofreciste tú y renunciaste a ti mismo y renunciaste al mundo con sus vanidades y bienes y la superficialidad y disipación de los hombres y de la sociedad. No vuelvas ahora a buscar lo que una vez dejaste y muestres menosprecio a Dios.

Y con más interés y esfuerzo he de hacer esto cuanto sean mayores las buenas cualidades y bienes externos y habilidades que Dios me hubiere dado. Todas quiero ofrecerlas a Dios, y como el alma generosa que se consagraba a Dios y al querer impedírselo recondándola las muchas buenas cualidades que tenía, digo: «Más quisiera aún tener para ofrecérselas todas a Dios y quedarme con El solo.»

He observado que las almas que tenían más bienes de familia y personales, y los dejaron todos por Dios, reciben el ciento por uno de fervor y gozo en ésta vida y viven una espiritualidad más perfecta e intensa. Que no sea yo roñoso Contigo, Dios mío.

De muchas cualidades personales estuvo dotada Santa Teresa de Jesús, y la atracción e influjo que sobre los demás tenía, fueran hombres o mujeres,

parece rayaba en fascinación. Era el imán del mundo. Pero nada la detuvo para dejar de entregarse total y perfectamente a Dios. Muy lejos de complacerse en esas buenas cualidades, miraba sólo a Dios y a El sólo se las ofrecía. *¿Qué se me da a mí de mí sino de Vos?* Y Dios volcó sobre ella los torrentes de sus bondades celestiales. Guapísima era Santa Rosa de Lima y Santa Catalina, y como se lo ofrecieron a Dios tenían a su disposición las gracias del cielo.

Dadme, Dios mío, que en adelante diga y sienta yo como ella: *¿qué se me da a mí de mí sino de Vos?*

Ya toda me entregué y di,  
Y de tal suerte he trocado  
Que mi Amado es para mí  
Y yo soy para mi Amado.

Pero que lo diga y sienta porque lo vivo. Entonces gustaré el gozo de Dios, y como San Juan de la Cruz, poniendo mi atención en Dios, diré: *Alto a Vida eterna*. Tengo mi entendimiento y mi corazón en Dios. Ya me lo enseñaba el Profeta David: *Pon todo tu afecto y pensamiento en el Señor y El se cuidará de ti*.

**298.** Y es admirable que el alma movida sólo a impulso del amor de Dios y de hacer su divina voluntad, espiritualmente nunca se equivoca, siempre agrada a Dios y siempre merece más. Podrán engañarla los hombres, podrá cometer errores, pagando con ello su tributo a la fragilidad humana, pero siempre agrada a Dios y siempre sale con ma-

yor ganancia en el alma y como renacida con más hermosas virtudes. Comprende que lo natural en ella es equivocarse y no acertar y se humilla más y se pone con más confianza en el Señor sabiendo que Dios es su Padre de infinita bondad y nunca la dejará de sus brazos ni la abandonará.

Hasta en el orden humano y material saca frecuentemente el Señor mayor bien de las equivocaciones de sus amadas corrigiendo El como conviene lo equivocado y resultando al final mejor que los aciertos que ellas pensaban.

Tanto más confiaban los Santos en el Señor cuanto más claramente conocían la propia incapacidad. Lo vemos en la vida del Venerable Hermano Francisco del Niño Jesús. Era este Hermano tan conocido en Madrid en su tiempo que Lope de Vega hizo una comedia poniéndole por protagonista. Era de corto, muy corto entendimiento y él lo sabía muy bien.

Siendo San Juan de Rivera Arzobispo y Virrey de Valencia pidió a los Superiores de la Orden se le dejasen para hacer una obra en la que había fracasado él y su predecesor y otras autoridades y personas principales. Cuando se lo dijeron al Venerable Hermano preguntó en seguida si era obra de la gloria de Dios y necesaria: y al decirle que sí, y que lo quería el Arzobispo, y que no había podido hacerlo, contestó rápidamente: «Entonces la haré, porque como soy tan tonto todos conocerán que la hizo el Niño Jesús»; y así fue, pues por mediación del Hermano la hizo Dios.

Decimos que la obediencia hace milagros y es precisamente por esta razón. El inútil y el incapaz

citado obedecen sabiendo que no saben y que no pueden; pero si se lo manda Dios por sus superiores, Dios se encargará de hacerla y el inútil es el instrumento visible aunque inhábil, y como su incapacidad es conocida, todos alabarán más a Dios y le amarán viendo su milagrosa providencia por él.

Yo no puedo hacer muchas cosas notables; yo no puedo ni ser santo; pero sé que si correspondo a las llamadas y a las gracias de Dios, podré como han podido los Santos y como pudo mi Santo fundador, porque Dios lo hará en mí. No me querrá el Señor para que realice yo la obra que el Santo realizó, pero me quiere para la obra de la santidad y para la que El me señala y manda por la obediencia, y si lo hago con tanto amor y fidelidad como mi Santo Padre, seré tan santo como El fue. Dios me da su mano y la gracia para que pueda ser santo y amar y obrar como amaron y obraron los santos. Ni dejará de darme cuanta gracia necesito. Lo que me pide y lo que me importa es que en todo cuanto obre mire sólo a El, lo haga por su amor y lo reciba todo venido de su mano y dispuesto por El.

Díos mío, que en todo os mire a Vos y lo haga por Vos con todo mi amor. Sois Vos quien puede y quiere hacer de mi corazón un cielo de amor y de gozo y deseáis hacerlo, pero no lo haréis sin mi voluntad y sin mi esforzada cooperación. Que no os ponga yo obstáculo ninguno. Que en todo obre con fidelidad, mire a Vos y lo haga con todo mi corazón.

**299.** Porque la santidad no es otra cosa que hacer todas las actividades exteriores e interiores y

todos los afectos y deseos por amor de Dios y uniendo mi voluntad a la de Dios.

Si fuera a dar una definición sencilla, clara y expresiva diría que la santidad es hacer la voluntad de Dios con todo amor. Esto me hace resaltar dos verdades: una, que pida al Señor me muestre su voluntad y siempre esté pronto para cumplirla diciendo como Samuel: *Heme aquí que estoy pronto*. Mándame lo que quieres y dame gracia y poder para realizarlo. La otra, que lo realice con todo mi amor, con toda la pureza de intención y sólo por Dios y para Dios.

Si de este modo obrara y viviera, sería ya jardín floridísimo de Dios y perfumado con todas las flores de las virtudes. Tendría ya perfectísima oración, porque la oración no es nada más que el ejercicio de amor de Dios; tendría viva presencia de Dios, que estaría manando en mi alma su amor; estaría mi atención puesta constantemente en Dios, sin distraerme, porque el amor es el hilo de oro que me ata a Dios mismo. Estaría en el gozo de Dios por verme en su presencia continua y saber que su amor era mi vivir.

Me lleno de admiración cuando leo los milagros que obraron muchos Santos como instrumentos de Dios. Pero el milagro grande que Dios quería haber realizado ya en mí, y que yo debía realizar; es el milagro que mi corazón sea todo de Dios y esté conscientemente inclinado a Dios, que mire presente y amoroso dentro de mí mismo a Dios. Que Dios me haga cielo de amor y de virtudes.

El amor de Dios es el gran imán que lo atrae todo hacia Dios y absorbe y enfoca toda la atención

en Dios para no hacer ni pensar sino en la voluntad divina. El alma que posee este tesoro y esta hermosura, tan sobre todo valor y hermosura, siente el menosprecio y el olvido del mundo y de lo mundano en todas sus manifestaciones de bienes, de distracciones, de vanidades, de gustos y pasatiempos. Porque ve que todo es oscuridad, y cansancio, y fealdad y suciedad comparado con esta clarísima y suavísima luz y belleza divina; todo es ignorancia comparado con esta sabiduría infinita; todo parece como muerto y fingido comparado con esta vida dichosísima, toda encanto y delicia soberana. El alma no desea otra cosa que encerrarse sola con Dios a solas, porque aquí encuentra el cielo verdadero antes de salir de la tierra. ¿Qué son los humanos y sus conversaciones e invenciones comparados con esto? Ningún mortal puede soñar algo que se asemeje a esto que Dios pone en el alma; nadie puede pensar, con todo el mayor esfuerzo intelectual, que haya algo que sea ni sombra del cielo. El cielo llena y empapa de felicidad, delicia y gozo, porque es la visión gloriosa del mismo Dios. Y aquí está el alma con Dios a solas poseyéndole en amor; aunque a oscuras, está en su cielo por la visión de fe y la verdad del amor.

**300.** En esta verdad y en esta vida de Dios tengo que cimentar mi vida espiritual y mi vida de religioso. He escogido vivir en Dios, muy por encima del mundo: en Dios. En Dios tengo que centrar toda mi actividad. Dios es mi morada. Si yo me arranco de mí mismo, ayudado del poderoso brazo de Dios, y me arranco de lo exterior más o menos



mundano, pero siempre de tierra, de intereses y de disipación para entrar en la órbita de Dios, en la atmósfera de su divino amor, girando alrededor suyo, donde ya está el divino silencio sin que puedan llegar los ruidos de los hombres y los espejismos de la vanidad y del regalo de los sentidos, Dios será mi morada, mi amor y delicia.

Aquí está el jardín de Dios, que no se parece a los jardines de la tierra; aquí seré rosal cubierto de las rosas de las virtudes saturadas con el perfume del recuerdo de Dios y del ofrecimiento a su bondad.

Si soy rosal del jardín de Dios, viviré la vida de oración íntima, profunda. La oración es el perfume del amor que siempre está exhalando su olor. Si vivo la oración, viviré las virtudes y el ofrecimiento continuo. No es posible que se tenga bien la oración habitual o se haya recibido el don de la oración y no hayan florecido las virtudes ni el deseo de hacer cuanto esté de parte del alma para amar a Dios y para que todos amen a Dios y para que todas las almas se salven. El amor de Dios es la savia de toda la vida del alma de oración; según sea la savia serán los frutos y la floración. Fruto imprescindible de la oración son las virtudes y es el apostolado y la expiación. El apostolado interior de súplica o el exterior de la expiación. No puede faltar del alma de oración lo más divino de lo divino, que es cooperar con Jesús en la redención de las almas, y las compra por lo menos orando y expiando. Cuando brilla esplendoroso el sol de la oración, la atención está fija en la hermosura y bon-

dad de Dios y la voluntad hace lo que agrada al Señor.

El alma santa de pura intención es alma armónica, serena y pacífica; nada puede perturbarla sustancialmente, porque está asentada en Dios y le mira dentro de sí misma, y en Dios no hay perturbaciones. Dios mío, que no se convierta esta alma mía en un valle de zarzas y lágrimas o en un campo de abrojos y esterilidad, ya que Vos me la queréis hacer cielo de luz y armonía de esperanza y gloria.

Me dice el Santo Evangelio que Jesucristo vino al mundo para redimirle y le redimió obedeciendo y sirviendo. Obedeció a Dios hasta la muerte de Cruz y su esmerada solicitud fue dar gloria a Dios y en todo hacer su voluntad. Nunca separó en nada su atención de Dios; su entendimiento criado veía a Dios en su esencia divina y gozaba ya de la gloria esencial; su voluntad siempre estaba, como su entendimiento, atenta a Dios, sin distracción alguna, lo mismo en Belén, que en Egipto, que en Nazaret; lo mismo al lado de su Madre que en el desierto, que en la Cruz; siempre estaba atento a Dios; siempre se me presentaba como el perfectísimo modelo y me enseñaba cómo he de estar y vivir yo.

El fruto que he de sacar de estos días para mi santificación no es el de tener muchas palabras ni consideraciones delicadas o sutiles; esto no está en mi mano y el amor es mucho más hondo y sólido que eso. Me he de proponer estar muy unido a la voluntad divina haciendo lo que ella quiera y del modo que lo quiera y disponga, ofreciéndola todas mis obras y ejecutando todas mis acciones abnega-

damente y con todo mi amor; que Dios sea la dirección y el fin de todos mis deseos y aspiraciones; que todo lo dirija a Dios con serenidad de espíritu, con confianza grande y sin alteración de mi persona. Si Dios lo dispone así, si se lo ofrezco a Dios y Dios se agrada, ¿por qué me he de inquietar o alterar? ¿Por qué no he de confiar en mi Padre celestial? Nada me turbe, porque todo se pasa, pero Dios, mi Padre, que está agradado en mí y ha tomado posesión de mí, no se muda.

El alma santa, alma de amor y de obras, todo lo transforma en amor divino.

**301.** Cuando Jesús llamó a los Apóstoles, no eran personas de renombre ni por su ciencia, ni por sus riquezas ni por su linaje; carecían de valores especiales, tanto en sus personas como en su familias. Eran todos pobres y trabajadores. Cumplían su deber en el trabajo y eran nobles y sinceros de corazón. Vivían la religión profunda y sencilla; estaban en el amor de Dios, amor rústico, pero verdadero. Jesús les invitó a que le siguieran, y ellos, dejándolo todo, se fueron con El. Dios les llenó de su amor, les iluminó, les ilustró y fortaleció.

Cuando el Espíritu Santo descendió el día de Pentecostés sobre ellos, fueron espléndidamente dotados de bienes de cielo y de vida y sabiduría sobrenatural. El Señor les enseñó a decir sin miedo ni vacilación a los mismos que habían condenado a muerte a Jesús: *Juzgad vosotros ante la mirada de Dios si es que hemos de preferir oíros a vosotros o a Dios. Pues no nos es posible dejar de decir lo que hemos visto y oído.* Robustecidos por la forta-

leza y esperanza de Dios tuvieron sus vidas de la tierra como nada y sólo dignas de ofrecérselas al Señor, y por Dios murieron. Llevaron el Evangelio a los cuatro vientos del mundo conocido y sellaron su palabra con su sangre.

Un alma llena de Dios todo lo vence y todo lo puede. Un alma llena de Dios sabe que sólo Dios es digno de ser apreciado y ensalzado, y las demás almas por Dios y en cuanto participan y son llamadas a participar en la gloria de Dios. Un alma llena de Dios sólo mira a Dios en todo.

¡Oh amor infinito! ¡Oh bondad benignísima y santísima! Ven a mi alma. Toma posesión de todo mi ser. Lléname de Tí; enséñame, fortaléceme y guíame para que siempre esté atento a Ti, Dios mío y Padre mío, haciendo tu voluntad y amándote. Hazme humilde y manso para que no ponga obstáculo ni resistencia alguna a tu llamada, a tu enseñanza y a tu querer.

Despójame, Dios mío, de mí mismo, de mi amor propio, de mis gustos y de mi estimación, de mi presunción y de mis comodidades y dame tu amor y sabiduría para que nunca me aparte de la rectitud de intención y de tener mi mirada atenta a Ti. Llena mi corazón y mi aspiración para que en todos los actos de mi vida, ya sean sencillos, ya sean difíciles, ya alegres, ya penosos, o de honra o de menosprecio, mire sólo a Ti y a Ti los ofrezca, y entonces te encontraré en toda tu dulcísima bondad.

Los actos prescritos en mi vida de religioso son santos, y santa la Orden; muchos religiosos se han santificado y se santifican viviéndolos; lo que im-

porta es que yo también me determine a santificarme con ellos.

Estaré en el coro o en mi celdita; estaré conviviendo la alegría de mis hermanos o en el trabajo que me haya encomendado la obediencia; pero siempre debo estar Contigo y viendo que Tú estás conmigo; que Tú te agradas en mí porque estoy haciendo tu querer y amándote, y yo me agrado en Ti porque estoy amándote.

Lloraba San Bernardo cuando por su delicadeza no le dejaban ir a compartir el trabajo duro de la siega con sus hermanos, y decía había aprendido más de los árboles en el trabajo que en los libros, porque trabajaba Contigo, a Ti se ofrecía y Contigo conversaba. ¿Qué más me dará estar en un lugar que en otro, si Vos sois el verdadero lugar donde vivo y sois mi cielo?

La rectitud de intención no está sólo en hacer las obras buenas, sino en hacerlas sólo por agradar a Dios y por lo mismo hacerlas con todo el amor, pues Dios nos mandó que le amáramos con todo el corazón. Aun cuando sienta la complacencia en prestar mi ayuda a quien amo, no debo detenerme en esto que amo, sino que, dando gracias a Dios por ello, levantaré mi corazón y miraré a la voluntad divina. En las obras de caridad que realice y en las obras de piedad que practique, como en todas mis obras buenas, mi corazón ha de estar con la mirada más alta y muy unido a Dios y a que Dios se agrada en ello.

El amor aviva la memoria y refresca todas las potencias; el amor hace presente el recuerdo del que se ama. El que intensamente ama a Dios, no

puede menos de tener presente a Dios. San Felipe de Neri le tenía tan presente que ni aun dormir podía, y pedía le leyeran algo de otras materias para poder conciliar el sueño. El que intensamente ama a Dios no sólo hace su voluntad, sino que no puede olvidarle, sea en purificación y dolor, sea en gozo y contento. La memoria siempre está santamente ocupada con la bellísima imagen de Dios y hasta la loca de la imaginación llega a saturarse de Dios y a exhalar el perfume divino de su presencia y con El sueña despierta y dormida, y ayuda a la voluntad y al entendimiento para que se empapen bien en Dios y todo se lo ofrezcan.

El vivir de San Pablo era Cristo, y Dios es la vida sentida y amada de todas las almas enamoradas del Señor. No pueden dejar de tenerle presente. Ni es impedimento el que el alma sea ignorante, porque Dios es el libro de los que no saben pero aman y quieren.

**302.** Dios es la palabra eterna puesta por El mismo en el alma de los santos y el libro y el maestro que más les enseñó.

Cuando Dios enseña al alma, el alma aprende a orar y a amar. Hasta que no recibe esta enseñanza de Dios, permanece en aprendiz de oración. Porque Dios presente en el alma es para ella el don infinito de la oración, del amor y todas las virtudes. Este don de la oración, que es don de sobrenatural amor, transforma y une el alma a Dios y hace que las obras del alma enamorada y poseída del amor sean divinas, por su unión con Dios en amor.

Y pensar, Dios mío, que esto es lo que quieres

Tú de mí y que para esto me has buscado y llamado y traído a la religión, y que por haberme yo llenado los ojos y el corazón de tierra no he podido verte con luz de viva fe, ni sentirte, ni gustarte, ni recibir estos dones maravillosos y santificadores, contrista mi espíritu. Toda la culpa es mía, por mi fragilidad, por mi indecisión. Me falta el amor y con el amor la rectitud de intención, el no hacerlo todo por Ti y para Ti; no te tengo aún presente como Tú me pides y quieres. ¡Cuánto he perdido no creciendo en la gracia y en el amor, que Tú en tanta abundancia me ofrecías! ¡Cuánto he perdido no disponiéndome para ser alma de oración profunda e íntima! El don de la oración me dará las virtudes y me preparará para que Tú vengas a tomar posesión de mi alma y establezcas en ella tu morada; para hacerte mío y hacerme a mí tuyo totalmente. ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo me darás que quiera querer? Hacedme ya vuestro, Señor.

Me enseña Santa Teresa que no mirais tanto la grandeza de las obras que se hacen como el amor con que se hacen. Con esto veo que si los santos llegaron a realizar obras extraordinarias, se santificaron con las obras ordinarias y pequeñas, que yo puedo perfectamente realizar; pero las hicieron con mucho amor y les sirvieron como de escalera para llegar a las mayores. El amor les despegó de sí mismos y de las cosas y personas y les unió a Vos. Este ha de ser mi camino. Esto quiero vivir en adelante. Vuestro en todo y para Vos.

La rectitud de intención, que es amor, me enseñará la ciencia de la oración y de la expiación por las almas.



¡Oh Jesús! ¡Oh Verbo eterno! Te encarnaste para redimir el mundo. Te hiciste hombre y abrazaste la pobreza y el trabajo y el dolor, hasta la muerte deshonrosa en la cruz, para que las almas se salvaran. ¡Salvad la mía! Fuiste la víctima por las almas de valor y amor infinitos. Dame fortaleza para que yo me una a Ti, pues me has llamado para que como Tú, y en unión tuya y por tus méritos, sea corredor de las almas. Te has dignado asociarme a la redención; pero me pides que empiece redimiéndome yo; que yo sea tuyo de tal manera entregado que esté íntimamente unido Contigo. Me exiges que me despegue de todo; que me despoje de mí mismo, de mi amor propio, porque es el mayor impedimento para la unión; me exiges que me sobreponga a mis sentidos y apetitos para que de tal manera sea tuyo y vaso limpio, que puedas depositar en mí tu amor y tus misericordias.

Nunca dejaste de ser inmensamente generoso en la tierra con tus santos, llegando a saciar sus ansias de cruz y los ilimitados deseos de amarte. ¿Qué no les habrás dado ahora en tu cielo?

Pon fortaleza en mi flaca voluntad para que no sea yo obstáculo que impida tu obra en mí, antes me encuentres siempre pronto y fiel. Hazme tuyo y lléname de tu amor para que todo lo haga Contigo, en Ti y para Ti.

## DECIMASEPTIMA LECTURA-MEDITACION

*(Segunda del día octavo)*

### **Jesús y María, mis guías y modelos**

**303.** Los apóstoles vivieron con Jesús durante tres años; con El comían y cenaban; con El conversaban y oraban; oían sus palabras, veían sus milagros y presenciaron su pasión. Muy íntima fue la convivencia de los apóstoles con Jesús. Después de su resurrección les encomendó definitivamente su misión de predicar el Evangelio por todo el mundo y de hacer milagros.

Jesús les había dicho también: Vendrá sobre vosotros el Espíritu Santo. Yo os le enviaré y os enseñará todas las cosas.

Cuando Jesús ha subido al cielo ante los ojos de los apóstoles, se quedaron en la tierra con nostalgia y aun con miedo y se retiraron juntos en el Cenáculo, haciendo una vida recogida, apartada del mundo, en oración, santa. Estaban juntos, creo que medrosos, entregados a la oración, con otros muchos discípulos. Con todos, y presidiéndolos, estaba la Virgen Santísima; ocupaba el lugar de Jesús.

Esperaban en silencio, en oración, lo que Jesús les había prometido. No sabían qué era. Esperaban algo misterioso, extraordinario.

Y el Espíritu Santo descendió sobre todos los allí reunidos y recogidos en la mañana de Pentecostés. Descendió de improviso y de un modo extraordinario y con efectos extraordinarios. La lengua milagrosa de fuego aparecida sobre sus cabezas produjo en ellos un cambio inexplicable y milagroso. Recibieron lo que no tenían y lo que no conocían; o mejor, floreció con flor nueva y bellísima lo que sólo tenían como en enterrada raíz más que verde tallo.

Los que antes eran cobardes pusilánimes, ignorantes y pretenciosos recibieron la infusión de la luz divina con el Espíritu Santo, que les llenó de fortaleza, les confirmó en la gracia, les comunicó la humildad y les infundió la sabiduría y el don de la palabra. ¿Qué mayor milagro que los rudos e ignorantes de un momento a otro aparezcan llenos de sabiduría y elocuencia? Porque se presentan ante el público, aglomerado y curioso, totalmente cambiados, hablando valerosa y sabiamente y en distintas lenguas a la vez. Ya no les amedrentan las autoridades de la nación, sino que explican a Jesucristo, exhortan al arrepentimiento del crimen cometido con El y están prontos no sólo para ir a la cárcel, sino para dar sus vidas por Jesús, el crucificado por esas autoridades.

El Espíritu Santo les ha llenado del divino amor, de las virtudes y les ha transformado y hecho digna morada de Dios. Han recibido lo que no sabían y muchísimo más de lo que esperaban y de un modo

que no se explican. Dios ha obrado en ellos el gran milagro. Siempre la santidad es el gran milagro de Dios.

Jesús no estaba corporalmente con ellos en el cenáculo en estos días que pasaron recogidos esperando el Espíritu Santo. Jesús ya había subido al cielo, pero era quien lo llenaba todo; exterior e interiormente, la memoria, la imaginación y el entendimiento, todo el ambiente, estaba lleno de Jesús y hablaba de Jesús en el mayor silencio. Recordaban y hablaban todos de Jesús; tenían presentes los hechos de Jesús, sus enseñanzas y con imborrable viveza los últimos actos y palabras de su Pasión y de su Ascensión al cielo. Nunca tal cosa se había visto. Ni podían ni querían apartar su imaginación de Jesús. Todos tenían un mismo deseo y un mismo sentimiento en compañía de la Virgen. Era un deseo y un sentimiento de un no sé qué muy superior no sólo a sus conocimientos, sino a cuanto podían pensar o soñar. No sabían qué era aquello misterioso que Jesús les había prometido, pero ese recuerdo amoroso, esa ansia viva, fija, de Jesús y de lo que esperaban, puesta de modo sobrenatural como especial gracia de Dios en su alma, les llenaba, les absorbía; de ello hablaban unos con otros, en ello pensaban, era su oración y su súplica; lo deseaban como un nuevo maná que les daría lo que no podían ni muy remotamente pensar.

Aun cuando todo se les presentaba indeciso y en oscuridad, su anhelo era el mismo Jesús y vivir para Dios cumpliendo su voluntad.